

bert, si alguna cosa hubiera podido ya asombrarle, de parte de su nuevo y singular amigo.

Fué pues, no asombrado, sino pensativo, á dejar la bujía sobre la mesa, que formaba una circunferencia de cinco ó seis pies solamente en medio de la sala, y después se sentó en una silla.

Sus miradas se dirigieron vagamente sobre los varios objetos de la habitación, y concluyeron por detenerse sobre el perro.

Entonces se acordó de estas palabras de Salvador: « Cuando hayáis concluido, hablad con Rolando. »

Y se sonrió á este recuerdo.

Estas palabras, que á otro cualquiera hubieran parecido una chanza de mal género, fueron para él una recomendación muy natural, porque acababa de revelarle una simpatía más entre él y su nuevo amigo.

En efecto: Juan Robert, corazón sencillo, tierno y bueno, no creía en su orgullo que Dios hubiera dotado de un alma únicamente á los hombres; como los poetas de Oriente, como los braemas de la India estaba dispuesto á pensar que el animal era un alma dormida ó encantada, sufriendo en las orillas del Ganges la fascinación de la naturaleza, ó entre los accidentales la magia de Circe.

Frecuentemente se había representado al hombre en la infancia del mundo, precedido en la creación por los animales, sus hermanos inferiores, y le había parecido que éstos y aun las plantas, hermanas inferiores de los animales, habían servido de guía y de preceptores á la humanidad. Según el sueño de su pensamiento, los seres que hoy dirigimos eran los que entonces nos conducían, los que guiaban nuestra razón vacilante con su instinto: los que nos aconsejaban, en fin. Y en efecto, se decía el poeta

cuando hablaba consigo mismo, el águila que mira frente á frente al sol, ante el cual bajamos la vista; el pájaro nocturno de encendidos ojos que vuela en la obscuridad donde nosotros tropezamos; todos estos seres, ¿no tendrían algo de desconocido que decir al hombre si el hombre llegase á comprender su lenguaje y se dignase interrogarles?

Juan Robert creía recordar que en su infancia había tocado con la mano la fraternidad con estos seres; y estaba convencido de haber comprendido durante cierto tiempo el ladrido de los perros, el canto de los pajarillos, y hasta el perfume de los capullos de rosa, á los cuales quería hacer comer, en el momento en que se entreabrian, los terrones de azúcar que le daba su madre.

Después, á medida que pasaban sus años, le había parecido que esta inteligencia casi humana, que siendo niño encontrara en los animales y en las plantas, había desaparecido.

¿Quién ha roto esta dulce unión que enlazaba al hombre, al animal y á la planta, es decir, al sencillo y al humilde?

El orgullo. La diferencia del mundo oriental con el mundo occidental.

La India, á la cual debe retroceder siempre el europeo que cansado de su occidente, tiene necesidad de sumergir su alma en las fuentes primitivas; la India, esta madre común del género humano; la India, nuestra majestuosa abuela, fué recompensada por su tierna piedad permaneciendo fecunda.

No sucedió lo mismo con nuestro pobre mundo occidental, con nuestra mezquina civilización griega y latina. La ciudad griega, la ciudad romana, han divinizado el

arte y destituido la naturaleza : ellas hicieron á los hombres esclavos; ellas forzaron á la tierra á producir, sin cuidarse de darla nuevas fuerzas. Llegó un día en que Atenas se convirtió en ruinas, ¡ Roma en un desierto !

Y todas estas ideas que despertaban tres civilizaciones y que hacían estremecer en su sepulcro al mundo antiguo por esta cadena eléctrica del pensamiento que le revela al mundo moderno, se agolpaban á la mente del poeta, á la vista del perro y al recuerdo de estas palabras de Salvador : « Cuando hayáis concluido, hablad con Rolando. »

Juan Robert había acabado de mirar y de pensar, y llamó á Rolando para hablar con él.

Al oír su nombre, pronunciado con este acento breve y firme del cazador, Rolando, que dormía ó más bien fingía dormir, levantó vivamente la cabeza y miró al poeta.

Juan Robert pronunció por segunda vez el nombre del perro, dando un golpe en su muslo con la mano.

El perro se levantó sobre sus patas delanteras, quedando sentado á la manera de las esfinges.

El joven le llamó por tercera vez.

El perro se encaminó hacia él, colocó su cabeza en las rodillas del poeta, y le miró amistosamente.

— ¡ Pobre perro ! le dijo éste con cariñosa voz.

Rolando dejó oír un gruñido, mitad tierno, mitad quejumbroso.

— ¡ Muy bien ! tu amo Salvador tiene razón ; me parece que vamos á comprendernos.

Al nombre de Salvador, el perro hizo oír un ladrido de amistad y miró hacia la puerta.

— Sí, dijo Juan Robert, allí está en la habitación inmediata con tu señora Fresolina ; ¿ no es verdad, Rolando ?

Rolando se dirigió á la puerta, aplicó su hocico á la

abertura que había entre ella y el pavimento, respiró ruidosamente, y volvió á colocar su cabeza entre las rodillas del poeta, cerrando sus ojos vivos, inteligentes, casi humanos.

— Vamos á ver, dijo Juan Robert, quiénes son tu padre y madre. Dame una pata si no tienes inconveniente.

El perro levantó una de sus patas y la colocó con suavidad en la mano aristocrática de Juan Robert.

Éste examinó el hueco de los dedos.

— ¡ Ah ! dijo, estaba seguro de ello. Veamos tu edad.

Y levantó los labios del animal, que descubrieron una doble fila de dientes temibles, blancos como el marfil, pero sin embargo, aun poco gastados, en las profundidades de la boca.

— ¡ Ah ! dijo Juan Robert, ya has pasado tu primera edad : si fueras una mujer, la ocultarías hace diez años ; si fueras hombre, empezarias á ocultarla.

El perro permaneció impasible ; le parecía completamente indiferente que Juan Robert supiese su edad. El poeta continuó su examen, esperando llegar á algún detalle que irritase de una manera más activa la sensibilidad nerviosa de Rolando.

Este detalle no tardó en presentarse á la vista de Juan Robert.

Rolando tenía, como hemos dicho, la piel leonada ; Juan Robert observó en el costado derecho, entre la cuarta y quinta costilla, un punto blanco de siete á ocho líneas de diámetro.

— ¡ Ah, ah ! ¿ qué es esto, mi pobre Rolando ?

Y apoyó el dedo en el punto blanco.

Rolando lanzó un gemido.

— ¡ Calla ! dijo Robert, ¿ una cicatriz ?

Robert sabía que las heridas ó las quemaduras destruyen el jugo colorante que circula en el tejido capilar; reconoció pues que había habido una herida, puesto que el dedo reconocía una cicatriz.

Le miró en el costado izquierdo, y vió que tenía otra marca igual.

Robert aplicó á ella el dedo como había hecho la primera vez; el perro exhaló á esta segunda presión un gemido más doloroso.

— ¡Oh mi buen Rolando! dijo el poeta; parece que como tu hombrecillo has hecho la guerra.

Rolando levantó la cabeza, entreabrió la boca, dió un ladrido que hizo estremecer á Juan Robert.

Este lamento tenía un carácter tan lúgubre que Salvador salió del aposento contigo, y preguntó al joven:

— ¿Qué ha sucedido á Rolando?

— Nada. Me habíais dicho que hablase con él, contestó sonriendo Juan Robert; deseaba que me refiriese su vida, y estaba cumpliendo mi deseo.

— ¿Y qué os ha contado? Tengo curiosidad en saber la verdad.

— ¿Creéis que mienta? dijo Juan Robert. ¿Es acaso un hombre?

— Razón de más para repetir vuestra conversación, replicó Salvador con una insistencia que parecía mezclada de alguna inquietud.

— Pues bien: hé aquí, palabra por palabra, nuestro diálogo; le he preguntado de quién era hijo, y me ha contestado que sus padres eran del monte de San Bernardo y de Terranova; le he preguntado qué edad tenía, y me ha contestado que de nueve á diez años: por último, le he preguntado qué significaba la mancha blanca que tiene en

cada uno de sus costados, y me ha respondido que eran las huellas de una bala que había recibido en el costado derecho y que salió por el izquierdo, rompiéndole una costilla.

— ¡Oh! dijo Salvador, todo es exacto.

— ¡Tanto mejor! Esto me prueba que no soy un observador enteramente indigno de vuestras lecciones.

— Esto quiere decir sencillamente que vos sois cazador; que en consecuencia habéis reconocido en la membrana que Rolando tiene entre los dedos de las patas, y en el color de su piel, que era mestizo del perro nadador y del de las montañas; que habéis visto que se hallaba fuera de edad al examinar el estado de sus dientes; que habéis tocado las dos manchas; y habéis comprendido en la concavidad de la piel y en la convexidad del hueso, que había recibido una bala, la cual entró por el costado derecho y salió por el izquierdo, rompiéndole una costilla. ¿No es cierto?

— ¡Me dejáis admirado!

— ¿Y no os ha dicho otra cosa?

— Habéis entrado precisamente en el momento en que me contaba que no había olvidado su herida, y que si llegase el caso se acordaría probablemente del que se la hizo: ahora espero que me digáis el resto.

— Hay un inconveniente, y es que no sé más que vos.

— ¡Bah! ¿de veras?

— Sí: un día que yo cazaba, hace cuatro ó cinco años, en los alrededores de París...

— ¿Qué cazabais?

— ¡Furtivamente!... Encontré á ese pobre animal ensangrentado y expirante. Su aspecto excitó mi compasión; le llevé hasta una fuente, lavé su herida con agua fría,

en la cual vertí algunas gotas de aguardiente; y pareció renacer á los cuidados que le prodigaba: entonces me dió la tentación de apropiarme este magnífico animal, con tanta más razón, cuanto que juzgué por su estado lo poco en que le estimaba su dueño, lo coloqué en el carro de un hortelano, y la misma tarde á mi llegada emprendí su curación y tuve el gusto de lograrla; esto es todo lo que sé de Rolando. ¡Ah! se me olvidaba deciros que desde aquel tiempo me ha consagrado una fidelidad á toda prueba, y que está dispuesto á dejarse matar por mí y por todas las personas que yo amo. ¿No es cierto, Rolando?

Á esta voz Rolando dió un aullido de alegre adhesión, poniendo sus patas delanteras en el hombro de su dueño.

— Está bien, está bien, dijo Salvador; eres un buen perro, Rolando, ya lo sé... ¡Abajo las patas!

Rolando obedeció al punto, y volvió á echarse á través de la puerta, sobre la misma alfombra en que estaba cuando Juan Robert le había hecho levantar.

— Y ahora, dijo Salvador, ¿queréis venir?

— Con mucho gusto; pero temo ser indiscreto.

— ¿Por qué?

— Porque vuestra compañera tiene que acudir á la cita de su amiga, y querrá ir con vos.

— No tal, puesto que ya le habéis oído contestarme que no podía decirme dónde iba.

— ¿Y la dejáis ir á sitios que no puede indicaros? preguntó riendo Juan Robert.

— Querido poeta, sabed que no puede haber amor donde no hay confianza mutua. Yo amo á Fresolina con todo mi corazón, y dudaría antes de mi madre que de ella.

— Conforme, continuó Juan Robert; ¿pero no hay pe-

ligo en dejar sola á una joven á las seis de la mañana con un cochero?

— Si, si no fuera Rolando con ella; pero con el perro la dejaría dar la vuelta al mundo sin temor de que la sucediese algún accidente.

— En este caso es diferente. Á propósito, añadió Juan Robert, he oído á vuestra compañera pronunciar el nombre de Regina al hablar de sus amigas.

— Es verdad.

— Ese es un nombre poco vulgar. He conocido á la hija de un mariscal de Francia que se llamaba así.

— ¿La hija del mariscal de Lamothe-Houdan? preguntó Salvador.

— Justamente.

— Es la amiga de Fresolina. Venid.

Juan Robert siguió sin añadir una palabra á su misterioso compañero.

Marchaba de sorpresa en sorpresa.

CAPÍTULO XII.

EL ALMA Y EL CUERPO.

Durante su permanencia de diez minutos en la alcoba, Salvador había cambiado completamente de traje.

Se recordará que había entrado vestido de terciopelo, y salía con un capote de moletón blanco, un chaleco de cuadros abotonado hasta el cuello y un pantalón obscuro. Así vestido, era imposible decir á qué clase de la sociedad

pertenecía; la manera de llevar su traje, y el lenguaje que usase, podían sólo asignarle un rango.

Con el sombrero sobre la oreja, Salvador era un obrero en día de fiesta; con el sombrero derecho sobre la cabeza, Salvador era un hombre de mundo en negligé.

Juan Robert, que lo observaba todo, notó este matiz casi imperceptible.

— ¿Dónde queréis ir? preguntó Salvador al verse en la calle con su amigo.

— ¡Donde gustéis! ¿No os habéis encargado de mi esta noche?

— Hagamos lo que hacian los antiguos, dijo Salvador; echemos una pluma al viento, y sigámosla.

Se situaron en medio de la plaza de San Andrés de los Arcos; y Salvador, rompiendo un fragmento de papel de una cartera, le abandonó al viento, que lo llevó en dirección de la calle de Poupée.

Los amigos siguieron al papel, que revoloteaba delante de ellos, como una de esas lindas mariposas de noche de blancas alas: llegaron á la calle de la Harpe.

Un segundo papel les trazó el camino hacia la calle de Santiago.

Seguíanle, sin saber dónde iban, al azar, á la aventura; marchaban sin objeto, sin dirección determinada, como van el viento y la nube en una hermosa noche; marchaban así para cambiar los tesoros de su espíritu, para respirar las fragantes flores de su alma.

Dos ó tres veces Juan Robert había intentado sorprender el secreto del joven misterioso; pero fué inútil, porque Salvador había escapado hábilmente á sus preguntas. Por último, atacado de frente, contestó:

— Lo que nosotros buscamos es una novela por escribir,

¿no es cierto? ¿queréis que os refiera una novela terminada? Ceder á vuestro deseo, sería caminar hacia atrás.

¡Vamos adelante!

Juan Robert vió que su compañero deseaba permanecer desconocido, y no insistió más.

Por otra parte, el curso de las ideas de los dos jóvenes fué interrumpido por un accidente.

Muchos hombres y algunas mujeres estaban reunidos alrededor de un hombre tendido en la calle

— Está borracho, decían los unos.

— Está expirando, replicaban los otros.

Salvador penetró en el grupo, se puso de rodillas, levantó la cabeza del hombre, y volviéndose hacia Juan Robert, le dijo:

— Es Bartolomé Lelong, que va á morir atacado de una congestión cerebral, si no le sangro al punto. Ved si hay por aquí cerca un boticario, llamad á la puerta: los boticarios están obligados á levantarse á cualquier hora de la noche.

Juan Robert miró en torno suyo; los dos jóvenes habían llegado sin pensar en ello hacia el medio del arrabal de Santiago, á la altura del hospital Cochín.

Enfrente del hospital, Juan Robert leyó encima de una especie de tienda:

FARMACIA DE LUIS RENAUD.

Poco le importaba el nombre del farmacéutico, con tal que abriese: así es que llamó como hombre que quería hacer comprender la necesidad de la prontitud.

Al cabo de cinco minutos la puerta giró sobre sus goznes, y Mr. Renaud apareció en el umbral, vestido con un

pantalón de bombasí, y cubierto con un gorro de algodón, preguntando qué se ofrecía.

— Preparad unas vendas y una jofaina, dijo Salvador; aquí hay un hombre amagado de una congestión cerebral, que necesita ser sangrado.

En este momento conducían hacia la puerta al pobre carpintero, que se hallaba completamente sin conocimiento.

— ¿Hay un médico para sangrar al enfermo? preguntó Luis Renaud; yo no sé sangrar, y soy más bien herbolario que farmacéutico.

— No os dé cuidado por eso, dijo Salvador; yo he estudiado un poco de cirugía, y me encargaré de la operación.

— Yo no tengo lanceta, replicó el boticario.

— Aquí tengo mi estuche, replicó Salvador.

La multitud invadía la tienda.

— Señores, exclamó Salvador, ¿queréis ser útiles á este hombre?

— De buena voluntad, Mr. Salvador, contestó uno de los espectadores extendiendo la mano al joven.

Salvador estrechó la mano que se le tendía, y Juan Robert creyó ver al mandadero cambiar un signo masónico con el recién venido.

Algunas voces repitieron por lo bajo:

— ¡Mr. Salvador!

— Pues bien, continuó el joven, que más que nunca pareció á Juan Robert merecer su nombre predestinado, mientras que sangro á este desgraciado, llamad en el hospital y anunciad la llegada de un enfermo.

Tres ó cuatro personas conducidas por el hombre que había hablado á Salvador, se separaron del grupo y fueron á llamar á la puerta del hospital.

Entretanto el farmacéutico, auxiliado de los demás espectadores de esta escena, quitaba la corbata y la chaqueta al pobre Juan Taureau, y descubría su brazo.

Las venas del cuello parecía que iban á romperse.

— Es preciso vendar el brazo, dijo Juan Robert.

— ¿Están dispuestas las vendas? preguntó Salvador al boticario.

— Voy á buscarlas, contestó Luis Renaud.

— Apretad vigorosamente el brazo, Mr. Robert; espero que esto bastará, dijo Salvador.

Robert obedeció; uno de los asistentes cogió el extremo del brazo, otro tomó la jofaina, y un tercero la luz.

— Tened cuidado con la arteria, dijo Juan Robert un poco inquieto.

— ¡Oh! no temáis, respondió Salvador; yo he sangrado más de una vez por la noche, sin otra luz que la del reverbero ó al resplandor de la luna. Estos accidentes son comunes entre estas pobres gentes, y les sucede siempre al salir de la taberna.

No había acabado, cuando antes que se hubiera visto su mano armada de la lanceta aproximarse al brazo de Bartolomé, saltó la sangre negra y espumosa.

— ¡Diablo! exclamó moviendo la cabeza, ya era tiempo!

La operación había sido hecha con la ligereza y prontitud de un práctico consumado.

Bartolomé respiró.

— Me avisaréis cuando haya perdido bastante sangre, dijo el farmacéutico que llegaba con otra venda.

— ¡Oh! respondió Salvador, no hace falta. Dejad, dejad correr la sangre.

Cuando el enfermo hubo perdido el valor de dos tazas de sangre, abrió los ojos.

Su primera mirada fué vaga, vidriosa ; pero poco á poco recobró su diafanidad, y apareció el rayo divino de la inteligencia ; la vista de Bartolomé se detuvo sobre el improvisado cirujano.

— ¡ Ah ! ; bueno, Mr. Salvador ! ; cuánto me alegro de veros !

— Tanto mejor, mi querido Bartolomé, dijo el joven ; yo también me alegro de veros ; poco ha faltado para que no tuviese este placer.

— ¡ Ah ! dijo Bartolomé recobrando poco á poco el conocimiento, ¿ sois vos quien me ha sangrado ?

— Si, contestó Salvador limpiando con cuidado su lanceta y guardándola en su estuche.

— ¿ Conque es decir que no deseáis mi muerte ?

— ¡ Yo ! ; y por qué había de desear tal cosa ?

— ¡ Ah ! es que como me habéis echado á rodar por las escaleras, creí que no se hacía esto más que cuando se quería matar á un hombre.

— Vamos, vamos, ¡ estáis loco !

— No, porque concibo que debe matarse á las personas que os irritan, y yo os había irritado rehusando abrir la ventana ; pero después de haber querido cerrarla, ya comprenderéis que aunque me lo mandaseis, no podía abrirla sin deshonrarme ; ¡ y luego aquel lechuguino tenía un aire tan triunfante !

— Ese lechuguino acaba de ayudarme á salvaros la vida, Bartolomé ; ya veis que no os quería mal.

Bartolomé se volvió y vió á Juan Robert que le miraba sonriendo.

— ¡ Ah ! ¿ es de veras ? dijo.

Juan Robert le tendió la mano.

— Vamos, le dijo, sin rencor, amigo mío.

— ¡ Oh ! exclamó Bartolomé, yo no soy rencoroso ; y puesto que me ofrecéis la mano...

— De buena gana hubiera comenzado de este modo ; pero confesaréis que vos no habéis querido.

— Es cierto, dijo Bartolomé frunciendo las cejas. Es preciso que un hombre sea bien estúpido para incomodarse porque una mujer... ¿ Queréis creerlo, Mr. Salvador ? ha vuelto otra vez con ese trasto de casa Robino ; yo no puedo sin embargo romperle las costillas. ¡ Oh ! ella sabe bien lo que hace tratando con un mandria ; ¡ que si fuera un hombre !...

— ¡ Vamos, vamos, calmaos, Bartolomé !

— Esto es fácil de decir, y más á vos que vivís con un ángel, Mr. Salvador ; pero lo merecéis, porque sólo os ocupáis en hacer bien, y sería preciso ser un desalmado para haceros mal. ¡ Ah ! por malo que yo sea soy buen padre, y no merezco que se me quite mi hija ; Ya hace tres días que estoy buscándola como un loco ; ella la habrá ocultado en alguna parte, en casa de su madre sin duda ; pero no hay medio de buscarla allí, porque en cuanto me ve grita : ¡ al asesino ! de tal modo, que por su causa he pasado ya tres noches en la sala de San Martín, ¡ oh ! y pasaría cuatro, seis y hasta ocho por volver á ver á mi hija, á mi pequeña Fífine. ¡ Pobre angelito ! dos años cumplirá por San Juan.

Y el coloso se puso á llorar como una mujer.

— ¡ Qué tal ! ¿ qué os decía yo ? dijo Salvador á Juan Robert, que observaba con curiosidad este extraño espectáculo.

— Es verdad, contestó el poeta.

— Vamos, dijo Salvador, se te volverá tu hija

— ¿ Lo haréis así, Mr. Salvador ?

— Lo prometo.

— Sí, tenéis razón, soy un torpe; cuando vos prometéis, es claro que cumpliréis lo prometido. ¡ Oh ! hacedlo, Mr. Salvador, hacedlo, y no os daré lugar á que me arrojáis otra vez por la escalera. Vos me diréis : Juan Taureau, ¡ arrójate ! y yo me arrearé de cabeza.

— Mr. Salvador, dijo entrando el hombre que se había encargado de llamar en el hospital, ya han abierto.

— ¿ Es para mí ? dijo Bartolomé.

— ¿ Pues para quién había de ser ?

— ¡ Oh ! no voy.

— ¡ Cómo que no vas !

— No me gusta el hospital, eso es bueno para los pobres; pero yo soy bastante rico, á Dios gracias, para curarme en casa.

— Si, solamente que en tu casa estarás mal cuidado y concluirás por entrar en el hospital una mañana, para salir por la noche. ¡ Vamos, Bartolomé, vamos !

— Os digo que no quiero ir al hospital.

— Pues bien, vete á tu casa y busca á tu hija : al fin acabarás por fastidiarme.

— Mr. Salvador, iré donde queráis : ¿ dónde está el hospital ?

— Eso es otra cosa.

— Pero encontraréis á mi pequeña Fifine, ¿ no es verdad ?

— Te prometo que antes de tres días tendrás noticias tuyas.

— ¿ Y qué haré durante este tiempo ?

— Te estarás quieto.

— Pero antes, si es posible...

— Se hara lo que se pueda. ¡ Vete !

— Sí, sí, ya me voy, Mr. Salvador. ¡ Calla, esto es bueno ! ¡ no puedo andar !

Salvador hizo una señal; dos hombres se aproximaron á Bartolomé, que se apoyó en sus hombros, y salió diciendo :

— Me habéis prometido que dentro de tres dias á más tardar me daréis noticias de mi hija : Mr. Salvador, ¡ no os olvidéis !

Al llegar á la puerta del hospital que iba á cerrarse tras él, el carpintero gritaba aún :

— ¡ No olvidéis á mi pobre Fifine, Mr. Salvador !

— Tenéis razón, dijo Juan Robert, no es en la taberna donde hay que estudiar á los hombres.

CAPÍTULO XIII.

LO QUE SE OÍA EN EL ARRABAL DE SANTIAGO DURANTE LA NOCHE DEL MARTES DE CARNAVAL AL MIÉRCOLES DE CENIZA, EN EL PATIO DE UNA BOTICA.

La operación estaba concluida, y el enfermo en el hospital : los jóvenes podían alejarse ya de aquel sitio con la idea consoladora de que si no hubieran tenido el capricho de recorrer por las noches las calles de Paris, habría muerto un hombre á quien quedaban quizá treinta ó cuarenta años de vida.

Pero antes de ponerse en camino Salvador pidió á su huésped agua y una jofaina para lavar sus manos manchadas de sangre.

El agua abundaba, pero las jofainas escaseaban en casa

del digno farmacéutico: la única que poseía contenía la sangre del pobre carpintero, y Salvador había recomendado que se conservase cuidadosamente para que la examinase el doctor, que haría por la mañana la visita en el hospital.

La petición del joven era, por lo tanto, algo indiscreta.

El farmacéutico miró en torno suyo y concluyó por decir á Salvador:

— Si queréis lavaros las manos, podéis hacerlo en el patio, donde hay una pila.

Salvador aceptó: algunas gotas de sangre habían también salpicado las manos de Juan Robert: éste siguió á su amigo.

Pero una impresión de las más dulces los detuvo á la puerta del patio.

Los dos se miraron.

En efecto, su asombro era grande; en el momento en que abrieron la puerta de la cocina del farmacéutico, en medio del silencio y de la calma de esta noche serena, oyeron vibrar de repente, y como por encanto, los acordes más melódiosos.

¿De dónde procedían estos suaves sonidos? ¿De qué paraje? ¿De qué instrumento celeste? Veíanse muy cerca de allí las altas paredes de un convento. ¿Era que el viento robaba al órgano de la iglesia estos poéticos acordes para llevarlos á los oídos de los pocos transeuntes de la calle de Santiago?

¿Era santa Cecilia que había descendido del cielo á esta piadosa mansión para celebrar el miércoles de Ceniza?

¿Era que el alma de alguna hermana novicia, muerta en la edad de los ángeles, se elevaba á los cielos entre los sonidos de las arpas divinas?

Con efecto, el aire que se oía, no era ciertamente, ni

un canto de ópera, ni el solo alegre de un músico de vuelta de un baile de máscaras.

Era quizá un salmo, un cántico, una página arrancada de alguna antigua composición bíblica.

Era Raquel llorando á sus hijos en Roma, y no queriendo ser consolada porque ya no existían.

Sin duda era esto; porque al escuchar esta melodía se creía ver pasar como sombras temerosas todos los himnos sagrados de la influencia, todas las melancolías religiosas de Sebastián Bach y de Palestrina.

Si hubiera sido preciso dar un nombre á esta fantasía, se la hubiera llamado *Resignación*.

Ningún otro nombre más ó menos expresivo la hubiera convenido mejor.

El aire prevenía en favor del músico.

El músico debía ser melancólico y resignado como la composición que tocaban: los dos jóvenes tuvieron esta idea al mismo tiempo.

Empezaron pues por hacer lo que se habían propuesto: es decir, que se lavaron las manos; después de lo cual se resolvieron á buscar al músico.

Juan Robert, para indemnizar al farmacéutico de la molestia que se le causara, le ofreció cinco francos.

El farmacéutico se hubiera incomodado á este precio tres veces por cada noche: así es que no sabía cómo expresar su agradecimiento.

Viendo lo cual Juan Robert, le pidió permiso para permanecer algunos instantes en el patio, á fin de oír esta tierna melodía, que continuaba inundando el espacio con la abundancia de la improvisación.

— ¡Quedaos cuanto queráis! contestó el farmacéutico.

— ¿Pero y vos? preguntó Juan Robert.

— ¡ Oh ! no me molestáis, puesto que voy á cerrar mi puerta y á acostarme.

— ¿ Pero cómo saldremos ?

— La puerta de la calle no tiene más que picaporte y cerrojo ; descorred el cerrojo y levantad el picaporte, y estaréis en la calle.

— ¿ Y quién cerrará la puerta ?

— ¡ Bah ! ¡ la puerta ! Quisiera tener tantos miles de libras de renta como veces ha quedado abierta en el año.

— Entonces, dijo Juan Robert, todo va bien.

— Sí, todo va bien, contestó el herbolario.

Después cerró su puerta y dejó á los dos jóvenes dueños del patio.

Durante este tiempo, Salvador se había aproximado á una ventana del piso bajo, á través de la cual se percibía luz.

Era evidente que la melodía resonaba en la habitación á que pertenecía esta ventana.

Salvador empujó suavemente las hojas de la ventana, que como no estaba cerrada, cedieron al empuje.

Entonces, por una abertura de las cortinas vieron á un joven de unos treinta años, sentado en un taburete bastante elevado y tocando el violoncelo.

Aunque se veía un papel de música en el pupitre que tenía delante de sí, el joven no bajaba hacia él sus ojos elevados al cielo ; ni aun parecía apercibirse de lo que tocaba : su actitud era la de un hombre poseído de la más sombría preocupación ; su mano conducía maquinalmente el arco, pero su pensamiento estaba en otra parte.

¡ Pasaba en su alma algún combate terrible ! Sin duda la lucha de la voluntad contra el dolor, porque de tiempo en tiempo su frente se oscurecía, y al continuar produ-

ciendo en su instrumento los más tristes acordes, cerraba los ojos, como si no viendo ya las cosas exteriores, hubiera perdido con ellas el sentimiento de su dolor íntimo. Por último, el violoncelo, como un hombre en la agonía, pareció exhalar un grito desgarrador, y el arco cayó de las manos del músico.

¿ Estaba vencida su alma ? ¡ el hombre lloraba !

Dos lágrimas silenciosas corrían por sus mejillas.

El músico sacó su pañuelo, se enjugó lentamente los ojos, volvió el pañuelo al bolsillo, se inclinó, recogió el arco, y continuó su canto.

El corazón estaba vencido ; ¡ el alma se cernía sobre el dolor con las alas de la fuerza !

Los dos jóvenes habían prestado una atención profunda y un interés grande al drama solitario de que acababan de ser espectadores.

— ¿ Qué os parece ? dijo Salvador con el acento de la interrogación.

— ¡ Esto es increíble ! contestó Juan Robert enjugando una lágrima.

— Ahí tenéis la novela que buscabais, mi querido poeta ; ahí está, en esa pobre casa, en ese hombre que sufre, en ese violoncelo que llora.

— ¿ Conocéis á ese hombre ? preguntó Juan Robert.

— ¿ Yo ? ; no por cierto ! respondió Salvador, no sé su nombre, ni le he visto nunca ; pero no tengo necesidad de conocerle para deciros que hay en él una de las más sombrías páginas del libro del corazón humano.

El hombre que enjuga sus lágrimas y que vuelve á su tarea con esa sencillez, es un hombre fuerte, y para que este hombre haya llorado, es preciso que su dolor sea inmenso. Entremos y pidámosle que nos refiera su historia.

— En primer lugar, nosotros no somos un cualquiera. Mr. Juan Robert; nosotros somos...

Salvador se interrumpió. Juan Robert esperaba oír alguna palabra que le permitiese leer, ó al menos adivinar la vida pasada de su compañero.

— Nosotros somos filósofos, continuó Salvador.

— ¡ Ah ! ¡ sí, filósofos ! replicó Juan Robert un poco desconcertado.

— Además nosotros no tenemos trazas de bachilleres embriagados, de estudiantes en vacaciones ó curiosos ; nuestro diploma de hombres honrados está escrito en nuestras frentes. Yo ignoro qué opinión habéis formado de mí ; pero estoy pronto á afirmar que cualquiera que os vea, aunque no sea más que una vez, estará dispuesto á confiaros su secreto, con la misma confianza que yo os doy la mano.

Y Salvador tendió la mano al joven poeta como un privilegio de honradez dado á un hombre de honor.

Entonces pues, con la cabeza erguida, continuó Salvador : Todos los hombres son hermanos, y se deben asistencia ; todas las penas son hermanas, y se deben socorro.

Estas últimas palabras fueron pronunciadas con un sentimiento de inexplicable melancolía.

— ¡ Vamos pues, ya que así lo queréis ! dijo Juan Robert.

— ¿ Habéis desechado todos vuestros escrúpulos, ó tenéis aún que hacerme alguna objeción ?

— No ; sin embargo, yo no estoy tan seguro como vos de que el músico nos acogera favorablemente.

— Sufre : tiene por lo tanto necesidad de expansión, dijo sentenciosamente Salvador ; vamos á convertirnos á sus ojos en seres providenciales, en enviados de Dios ; el hombre desesperado no tiene nada que perder, y sólo

puede ganar en comunicar sus pesares. Entremos pues sin cuidado, y si os queda una sombra de duda, os diré que ahora no es ya la curiosidad quien me impulsa, sino el deber.

Y sin esperar la respuesta de Juan Robert, Salvador, que no había encontrado ni llamador, ni campanilla, dió tres golpes á la puerta.

Durante este tiempo Juan Robert observaba á través de los vidrios el efecto que produciría esta interrupción en el violoncelista.

Éste se levantó, dejó el arco en el taburete, apoyó su instrumento contra la pared, y fué á abrir la puerta sin dar muestras del menor asombro.

Esta tranquilidad estaba perfectamente en armonía con la opinión emitida por Salvador.

Ó este hombre esperaba á alguno, ¿ y á quién podía esperar sino á un consolador ?

Ó estaba bastante desprendido de las cosas terrenales, para que nada que procediese del mundo pudiera asombrarle en adelante, y en este caso debía acoger sin placer, pero al mismo tiempo sin impaciencia, á los dos jóvenes.

— ¿ Á quién tengo el honor de hablar ? preguntó viendo á Salvador y á Juan Robert.

— A amigos desconocidos, contestó Salvador.

Esta palabra satisfizo al violoncelista.

— Entrad, dijo sin inquietarse por la extraña visita y por la hora inusitada á que se hacía.

Los dos jóvenes le siguieron ; Juan Robert, que era el último, cerró la puerta.

Entonces se hallaron en la misma habitación donde habían visto al músico por los vidrios de la ventana.

Era una habitación cuya sencillez sorprendía y encantaba al mismo tiempo; pequeña, pero linda, decente y blanca por todas partes; una verdadera celda de monja por la escasez de los muebles, un verdadero palacio de joven soltera por el gusto delicado y modesto que había presidido á su elección. Se sorprendía uno al entrar viendo á un hombre en esta habitación; el rubor asomaba al rostro pensando que aquel joven hubiera podido profanar este casto nido, ¿no era el lecho de un niño el que se entreveía detrás de esta cortina de muselina blanca? Estos rosales enanos que florecían en pequeños vasos de cristal, ¿no eran también los juguetes de un niño? ¿qué manos podían cuidar de estos pajarillos que revoloteaban en sus jaulas, sino las de una joven de doce años? Ó este no era el aposento del músico, ó una joven le habitaba con él; su hermana sin duda, y sin embargo, á primera vista parecía vivir solo.

¿Era permitido imaginar que otra mujer que una hermana tuviera el derecho de entrar en esta habitación? No.

La habitación era casta; la frente del joven serena. Nunca había pasado por esta habitación una mujer impura.

Nunca había arrugado esta frente la sombra de un pensamiento.

Esto se explicaba bien.

Si; este joven habitaba allí; pero su hermana era quien cuidaba de su aposento.

¿Cómo pues podía estar triste en este alegre retiro?

Los dos jóvenes invitados á sentarse por el violoncelista, no accedieron hasta que no hubiesen explicado el objeto de su visita.

— Caballero, dijo Salvador, permitidme ante todo que os haga una pregunta. ¿Está en el poder del hombre aliviar el infortunio que parece agobiaros?

El músico miró al que le dirigía esta filantrópica pregunta con la misma tranquilidad de que había dado pruebas, cuando á las tres de la mañana había abierto su puerta sin preguntar: ¿Quién es?

— No, señor, contestó sencillamente.

— Entonces, dijo Salvador, nos retiramos. Dejadme sin embargo que os diga por excusa, por qué nos hemos atrevido á molestaros. Este caballero, y Salvador señaló con el dedo á Juan Robert, este caballero va á escribir un libro sobre los sufrimientos del hombre; estudia cuanto puede y donde puede. Al entrar en ese patio os hemos oído; nos hemos aproximado, y á través de los vidrios de esta ventana os hemos visto llorar.

El joven lanzó un suspiro.

Salvador continuó:

— Cualquiera que sea la causa de vuestro dolor, vuestras lágrimas nos han conmovido profundamente, y hemos venido á ofreceros nuestra bolsa si sois pobre, nuestro brazo si sois débil, nuestro corazón si estáis afligido.

Los ojos del músico se inundaron de lágrimas; pero esta vez eran lágrimas de reconocimiento.

Había en las palabras de Salvador, en el tono con que fueron dichas, en la fisonomía, en todo el aspecto del noble joven tal lealtad, tal grandeza, una ternura tan profunda por su semejante, que no podía menos de atraerse las simpatías de todos.

Impulsado por esta irresistible atracción, el músico le tendió las manos.

— Yo compadezco, dijo, á los que ocultan su herida á

los hombres : mostrar sus heridas á sus hermanos es enseñarles á evitarlas.

Sentaos, hermanos míos, y escuchadme.

Los dos jóvenes se acomodaron cada cual á su gusto.

El hombre del violoncelo comenzó :

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL DISCÍPULO Y SU PROFESOR.

Ahora nos permitirá el lector sustituir nuestro relato al del narrador : el relato será más completo, puesto que tendremos la facultad de decir del excelente hombre que acabamos de poner en escena lo que su modestia no le permitiría decir á él mismo.

Siete años antes del día en que empieza nuestra historia, esta misma habitación que ocupaba el músico, estaba lejos de parecerse, á la que hemos descrito en su encantadora sencillez.

No había entonces el cortinaje de muselina blanca que tapizaba el lecho, y que daba á la alcoba el aspecto de una capilla, ni la Virgen de estuco colocada sobre la chimenea y extendiendo sus dos brazos hacia los habitantes de este aposento como una bendición eterna, ni los candeleros que con la muselina del lecho y la estatua de la Virgen hacían exhalar de este aposento un perfume de quietud y recogimiento : aquella habitación era sólo en aquel tiempo una